

Cuerpo

Rafael Cartay

Las concepciones sobre el cuerpo han venido cambiando con el paso de los años. Hasta el siglo XIX, al menos hasta la primera mitad, la teología católica tenía una opinión poco honorable sobre el cuerpo por ser éste “receptáculo de pecado” y admisible de sospecha. Celosamente disimulado, el cuerpo aparecía como un sujeto tabú y, por reacción, objeto de fantasmas (Fragonard, 1995: 112). Como dicen Ariès y Duby (1991: 9, 96-97), el cuerpo era la prisión del alma, su atadura. Concederle demasiada importancia era exponerse al pecado de la carne. Del cuerpo se apreciaba la robustez, la fuerza física y la resistencia. Pero poco a poco esa idea fue cambiando hacia una actitud más estética, para darle mayor importancia a la apariencia física. Hasta ese momento, el cuerpo se ocultaba y se aprisionaba, reprimiéndolo, pero desde inicios del siglo XX los burgueses comenzaron a liberarlo de sus ataduras y a establecer una relación diferente entre el cuerpo y el vestido.

Ese redescubrimiento y valorización del cuerpo se inscribe dentro de una nueva ética basada sobre valores mercantiles que persiguen una mayor rentabilidad laboral. La revolución industrial inglesa, que instaaura el maquinismo industrial y una nueva organización del trabajo, va abriendo el camino hacia una mayor productividad de la mano de obra, e inaugura un nuevo discurso sobre la condición del cuerpo. Es el tiempo de una creciente medicalización de la sociedad, del discurso higienista, del desarrollo de los estados nacionales y de la industria (González Stephan, 1998: 167-168). La

rápida urbanización, que redujo en un espacio estrecho a la población creciente, estimula la preocupación por la higiene del cuerpo y llena de temor a las clases ricas por los riesgos de epidemias, que habían sido una constante en el pasado. Como se asociaba la enfermedad a la suciedad, a la pobreza y a otras “enfermedades sociales”: la prostitución, la indigencia, etc., va propagándose en la práctica un nuevo discurso, un contradiscurso, que asocia la higiene, y los hábitos de limpieza, con una noción de asepsia física y moral. Las investigaciones de Pasteur sobre la asepsia ilustran muy bien esa nueva ideología de la higiene, la salud y la limpieza. Pero, además, como estaban surgiendo los modernos estados nacionales, crece la preocupación patriótica por formar soldados aguerridos y la preocupación moral por formar ciudadanos sanos y productivos. Todo ello va a conducir, de un lado, al desarrollo del deporte de masas, especialmente en los países anglosajones y escandinavos, que, al principio, aparece como un fenómeno aristocrático por las modalidades de reclutamiento y por los valores que lo acompañan. En esa perspectiva, Pierre de Coubertin organiza en 1896 los primeros juegos olímpicos, que habían nacido originalmente en Grecia en el año 800 a.C. para ser suprimidos luego por Teodosio en el año 394. La iniciativa de Coubertin, recordemos el “mens sana in corpore sano”, intenta reencontrar el ideal humanista de la Grecia antigua (Fragonard, 1995: 113; Ariès, Duby, 1991: 9, 312). De la otra parte, se incorpora la educación física en la enseñanza escolar, con aquel antecedente, pionero en las escuelas modernas, de Thomas Arnold, quien introdujo la educación física en las *public schools* inglesas (Ariès, Duby, 1991: 9, 312). En la primera mitad del siglo XX la preocupación por el cuerpo se hace patente de muchas maneras: el vestido se aligera, y los incómodos corsés y fajas ceden el paso a las bragas y los sostenes. El corsé, por ejemplo, desaparece en Francia hacia 1909-1910, siendo el sastre Paul Poiret uno de sus principales detractores (Paquet, 1998: 79). Los materiales de la confección se hacen más ligeros, los vestidos se acortan, las medias de seda realzan las piernas, los sostenes modelan los pechos femeninos. Y todo va mostrando, al principio muy discretamente, las líneas del cuerpo. La atención del cuerpo se va “democratizando” gracias a la extensión y disfrute del tiempo de ocio, a la creciente preocupación por la higiene, a la conquista de las vacaciones pagadas y a la difusión de nuevas formas de entretenimiento, entre las cuales destaca el deporte.

Detengámonos un poco en el deporte, tan directamente relacionado con esta nueva manera de ver el cuerpo. La práctica deportiva es clave para la rehabilitación física del cuerpo, sin hablar de sus beneficios al bienestar psíquico, pues modifica la relación del individuo consigo mismo y con los demás. La generalización del deporte, es decir, su democratización, tiene

como finalidad el cuerpo mismo: su apariencia, su bienestar, su realización (Ariès, Duby, 1991: 9, 103). En esa perspectiva es interesante considerar su evolución: de un simple medio de entretenimiento a un cada vez más importante medio de promoción individual que genera grandes ingresos a los practicantes destacados; de una actividad practicada por la élite a una actividad practicada por miembros de todas las clases sociales; de una escenificación limitada a un espectáculo accesible y de masas; de los deportes aristocráticos (equitación, rugby, esgrima, tenis, atletismo) a los deportes populares (ciclismo, fútbol, béisbol, boxeo, baloncesto); de una actividad informal a una actividad codificada por reglamentos; de una práctica amateur a su profesionalización; de una práctica exclusivamente masculina a la generalización de su práctica femenina; a la ampliación del fenómeno fuera de su cuna anglosajona, y a la creciente intervención oficial en su estímulo, con la creación de instituciones gubernamentales especializadas, como el establecimiento de una secretaría del Estado francés de la Juventud y los Deportes por el Frente Popular en 1936 (Fragonard, 1995: 113). De tal manera que la valorización ideológica del cuerpo se impone, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XX, cuando sus *vedettes* o estrellas, gracias a la acción de los *mass-media*, se convierten en “modelos”. Con el desarrollo de la vida urbana, el ejercicio físico se impone para compensar el creciente sedentarismo y la generalización del estrés. Surgen, así, especialmente en Estados Unidos, nuevas prácticas, como el aeróbic o el jogging, en la década de 1970, para alejar a las enfermedades cardiovasculares y al envejecimiento en una nueva actitud ante la temida presencia de la vejez y de la muerte. Pero la práctica del deporte es mucho más significativa. Al aligerarse el vestido, para hacerse insinuante y mostrar más el cuerpo, se descubre que la apariencia física depende cada vez más que en el pasado del propio estado del cuerpo. Y aumenta la preocupación por mantenerlo. De allí la importancia de la práctica del ejercicio físico y del deporte. Pero no basta la gimnasia cotidiana, tan ponderada por las revistas femeninas, que empiezan a proliferar, así como sus secciones de cuidado del cuerpo. Se añade ahora la preocupación por una mejor alimentación, guiada por la nutrición y la dietética, y una vestimenta más adecuada. La alimentación se hace más ligera, se declara la guerra al sobrepeso y se imponen las dietas de adelgazamiento; se acortan los menús. La figura del hombre con una barriga prominente ya no es una marca de respetabilidad sino de negligencia. Las mujeres aumentan su preocupación por permanecer atractivas y seductoras, y declaran la guerra a la celulitis. La búsqueda de una mejor apariencia pasa así por la práctica de un sinnúmero de tipos de dieta que persiguen la constitución de un individuo “light” (Itkin, 1996: 59), con la ayuda de recetarios de cocina especializados, guías nutricionales y folletos de medicina al alcance de todos (Giddens,

1992: 39). Ese es el contexto en que nace en Francia, y luego se generaliza, la “nouvelle cuisine”, preconizada por Paul Bocuse.

De esa interesante mezcla entre el ejercicio físico, el vestido y la dietética, surgen nuevos caminos. El desarrollo del deporte va a inspirar una nueva indumentaria para practicarlo. Algunos historiadores de la moda, como Lipovetsky (1996: 84-85), Roselle (1980) y Delbourg-Delphis (1981), nos enseñan que la práctica del golf introdujo el uso del cardigan; a su vez, la de la bicicleta promovió el uso de pantalones anchos que se estrechaban bajo la rodilla, hacia 1890, y del short de verano, hacia 1934; los baños de mar impusieron a comienzos del siglo XX los bañadores sin mangas, de escotes redondos, hacia 1920 el traje de baño de una sola pieza, con las piernas y los brazos al aire, y hacia 1930 el de dos piezas, con la espalda descubierta. Años más tarde el traje de baño se aligerará aún más, llegando al exhibicionismo de la tanga o del “hilo dental” o del monokini, desde inicios de la década del setenta. Deporte, dietética y vestido se alían para mostrarnos un nuevo cuerpo. Para 1927 el filósofo español Ortega y Gasset (1959: 338-350) escribía, en “Juventud”: “Hoy se prefiere el cuerpo al espíritu. No creo que haya síntoma más importante en la existencia europea actual”. Y añadía, en “¿Masculino o femenino?”, “Hoy, como siempre que los valores masculinos han predominado, el hombre estima su figura más que la del sexo contrario y, consecuentemente, cuida su cuerpo y tiende a ostentarlo”.

Al liberarse el cuerpo de las antiguas disciplinas que lo limitaban en el Novecientos puritano, el cuerpo se convierte en el centro del yo, y la búsqueda de la salud es más un deber que un derecho. Ahora se niega toda función, sentido y virtud al dolor. Se recurre a la anestesia del dolor físico y al consuelo de los psicólogos, instalándose una alta dosis de hedonismo en la vida cotidiana. En la búsqueda del bienestar, se convierten en “necesidad” las vacaciones en la playa o en la montaña, el auto, el viaje de turismo, los microclimas artificiales que preservan del calor (el aire acondicionado) o del frío (la calefacción), la salida a comer fuera de la casa, la televisión por cable, el teléfono celular, el aparato de sonido de última generación, los aparatos de gimnasia dentro de la casa, los suplementos vitamínicos y dietéticos, un baño más amplio y equipado y un sinnúmero de productos para la satisfacción de los sentidos (Barrán, Caetano, Porzecanski, 1998: 3, 10-11). Ha nacido una nueva intimidad que toma al cuerpo como referente, dentro de un marco de neo-narcisismo. Surge el cuerpo-narcisista, en un esfuerzo por garantizar la existencia del cuerpo por sí mismo (Lipovetsky, 1986: 61-62). Y de aquella concepción del cuerpo como objeto de regulación y de control social a través del ascetismo, el entrenamiento o la negación (Turner, 1989: 231), se

pasa a otra, en la que el cuerpo se presenta como “un lugar geométrico para la reconquista de uno mismo, territorio a explorar indefinidamente, al acecho de las incontables sensaciones que oculta [...] gracias al esfuerzo (maratón, jogging, etc.) o de la habilidad (esquí), lugar privilegiado del bienestar (la forma) o del buen parecido (las formas, body-building, cosmética, dietética, etc.)” (Le Breton, 1995: 151). El cuerpo, que había estado al margen en una sociedad ascética, se convierte ahora en “sujeto”, integrado de más en más a la decisión sobre el estilo de vida que hace un individuo (Giddens, 1992:39). Y se muestra, liberándolo de las “trampas excesivas del vestir” (la minifalda se pone de moda en la década de 1960) que “obstaculizaba la libre expresión de la individualidad” (Lipovetsky, 1996: 85), hasta el punto de que exhibir los senos en los desfiles de moda femenina o aparecer desnudo en las escenas de teatro o de cine o en las revistas de moda ha dejado de considerarse indecente.

Pero ocuparse del cuerpo no es sólo mantenerlo, defenderlo contra la vejez o conservarlo limpio, sino también preservarlo de las enfermedades. La salud, en cuya atención el Estado interviene abiertamente, se convierte en una preocupación constante: se generalizan y se hacen obligatorias las vacunaciones escolares, la higiene escolar, la protección maternal e infantil, los comedores escolares, populares e industriales, los seguros sociales establecidos por ley, etc. En ese marco, la prestación de salud cambia radicalmente: se pregona la medicina preventiva, aparte de la curativa; la institución hospitalaria cambia de estatuto (la atención pasa de la casa al hospital, el personal del hospital se profesionaliza y de la sala común se pasa a la habitación individual o con pocas camas) y la práctica médica se especializa de más en más (Ariès, Duby, 1991: 9, 109-112). Atrás, como un mueble viejo e inservible, queda aquella ideología sanitaria que huía de las miasmas que corrompían el aire, y que vivía atemorizada por una “contagiofobia paranoica”, recelosa de los indigentes, pobres y sucios, porque eran fuente de propagación de las enfermedades, creando una “cultura de la distancia”, que condenaba el beso y las aproximaciones excesivas, tan difundida por los manuales de urbanidad (González Stephan, 1998: 170-171). El cuerpo femenino, controlado por un discurso científico que lo limitaba a un rol reproductor y a sus condiciones atávicas, atado a su propia naturaleza y a sus “miserias” (Nóbrega, 1997: 21), se libera y dignifica, convirtiéndose en uno de los soportes fundamentales sobre el cual reposa su identidad (Gordon, 1992: 122). Al luchar por su derecho a la anticoncepción y al aborto, y al disociarse la reproducción del placer en la relación sexual, la mujer recupera el control de la reproducción y se vuelve “dueña”, o más dueña de su vida, dejando de ser un objeto de intercambio entre los hombres. Y se libera de

tantas prohibiciones que encadenaban su cuerpo. Contemplarse desnudo el propio cuerpo, que ha dejado de ser un misterio insondable, reparar en sus imperfecciones o en su belleza ante un gran espejo (el uso del espejo “gran luna” se generaliza en las casas burguesas europeas hacia 1880, aunque escondido en un lugar secreto de la casa), ya no se considera un acto sospechoso de sucumbir a la tentación de la carne, sino como un acto de reafirmación de la autoestima personal. La menstruación, por ejemplo, esa “enfermedad peculiar del sexo femenino”, nombrada con eufemismos (la regla, el período, la visita, las flores) y considerada sucia y vergonzosa, que incapacitaba a la mujer y la acomplexaba, ya no es vista con repugnancia sino como una cosa natural que ocurre todos los meses, y se enfrenta, desde finales del siglo XIX, con el empleo de mantillas higiénicas hechas de tela por empresas inglesas radicadas en Birmingham, que se usaban y lavaban (Litvak, 1979: 174-176), hasta que fueron reemplazadas por servilletas desechables a principios del siglo XX, como el “modes”, lanzada al mercado en 1921 con el nombre de Kotex por la empresa estadounidense Kimberley-Clark, en Wisconsin, o el tampón higiénico, comercializado desde 1937 por la sociedad estadounidense Tampax (*Le livre mondial des inventions*, 1985).

El cuerpo ahora es lavado diariamente, en contraste con aquellas viejas prácticas que proscribían o limitaban la limpieza corporal para evitar algunas enfermedades. El baño diario no era corriente entre los europeos del siglo XIX: una niña casta era enemiga del baño por tradición cristiana, y sólo las prostitutas lo hacían (Litvak, 1979: 189-190). Los tratados de higiene recomendaban lavarse los pies cada ocho días, el cabello cada dos meses y los dientes al menos una vez por semana (Paquet, 1998: 63). En Francia, por ejemplo, el baño semanal era lo que se acostumbraba entre las familias ricas, y sus niños sólo se cambiaban de ropa interior una vez a la semana (Ariès, Duby, 1991: 9, 308). A finales del siglo XIX, las clases trabajadoras francesas rara vez lavaban su ropa, y, cuando lo hacían, era una vez al año, sin utilizar jabón y sólo con agua y lejía. La vanguardia en este campo la tenía Inglaterra, que transmitió a las clases dominantes de los otros países europeos y de América las nuevas prácticas de higiene (jabón, Wc y ducha) (Ariès, Duby, 1990: 4, 18). Sin embargo, a principios del siglo XX, aun en los países europeos de mayor desarrollo, la gente no se bañaba más de cuatro veces al año (Pounds, 1992: 502-503). En España, el vademécum de higiene y costumbres de Federico Climent Ferrer, de 1916, insistía sobre la limpieza del cuerpo, pero no sobre el baño diario sino mensual, y sobre las abluciones parciales con agua fría (San Miguel, 1998: 68). El baño era considerado como una “práctica inmoral” para muchos médicos, pues el cuerpo estaba limitado por el pudor, hasta que los grandes estragos derivados del

cólera modifican hacia 1840, muchas de las opiniones existentes sobre el baño (Vigarello, 1985: 182-188).

En Venezuela, donde la gente probablemente se bañaba con mayor frecuencia, por el calor reinante en gran parte del país, tenemos el testimonio de Curtis (1977: 231-232), sobre la creencia, muy difundida hacia 1884-1885, de que tras un viaje, o cuando se estaba fatigado o se había tomado sol, no era recomendable lavarse. Así, la mayoría de los venezolanos no se lavaba las manos ni la cara durante el día que seguía a un viaje. Los viajeros, para refrescarse, se frotaban el cuello y la cabeza con aguardiente de caña. La alemana Elisabeth Gross, que vivió en Maracaibo entre 1883 y 1896, advirtió, en un viaje a Trujillo en 1887, que dos jóvenes trujillanas, que se cambiaban de ropa tres veces al día, no se bañaron durante los ocho días de la estadía, porque “podrían enfermar con fiebre” (Rodríguez, 2000: 149). Razetti debe haber detectado graves problemas en la limpieza del cuerpo entre nosotros, cuando escribió en 1904 que “No es civilizado el país que no observa las reglas de la Higiene, como no es persona decente el individuo que no se baña diariamente” (Razetti, 1952: 171). Por supuesto que Razetti no osaba llamar indecentes o incivilizados a los europeos, a los que admiraba, que tampoco se bañaban diariamente sino que lo hacían de vez en cuando.

La preocupación por la higiene se convirtió, desde finales del siglo XIX, en un símbolo de civilización en el mundo desarrollado, y, por imitación, en nuestros países, que se beneficiaron parcialmente de los avances de la medicina en Europa y Estados Unidos. En el decenio de 1870 aparece ya definida esa preocupación por la higiene entre nosotros, aunque se hará más marcada años después. En 1874, por ejemplo, José Manuel de los Ríos, eminente médico de Caracas, escribe *Principios de higiene*. En 1875 el Dr. Manuel María Ponte publica *Consejos a las mujeres sobre los medios de conservar la salud: preceptos higiénicos para cada una de las épocas de la vida*. En esa década fueron creados algunos hospitales y orfanatos en el país. En uno de ellos, el Asilo de Huérfanos de Caracas, abierto en 1878, se llevó a cabo la primera consulta médica infantil en el país, atendida por el Dr. Juan Manuel Velázquez, en 1880 (Ramos de Francisco, 1998: 110). Algunos años más tarde, en 1904, el médico venezolano Arturo Ayala, en su discurso de ingreso al Colegio Médico de Caracas, sostuvo, en esa línea de pensamiento positivista, que “los progresos de la civilización son progresos de la higiene” (Ayala, 1904: 5-6).

La calidad del agua se convirtió en uno de los problemas centrales, al menos para algunos gobernantes y el gremio de los médicos. Desde 1840 la

calidad del agua se había deteriorado severamente en los principales países industrializados, y la que procedía de los pozos, que constituía la principal fuente de abastecimiento de agua de muchas ciudades, tenía un olor y un sabor desagradables. El filtrado del agua por arena, procedimiento que se venía aplicando desde finales del siglo XVIII, se generalizó, así como los procedimientos para determinar el grado de “dureza” o “crudeza” del agua (con el empleo del Hydrotimètre, del francés Boutron, en 1856). Es la época en que se establecen las primeras regulaciones sanitarias en relación con las fuentes de agua, su canalización, distribución del agua “blanca” y descarga del agua “negra” o servida en los núcleos urbanos, que tuvieron un importante antecedente en la Metropolis Water Act de 1871 en Inglaterra (Goubert, 1989: 1.085-1.089).

En Caracas, a pesar de los esfuerzos por mejorar los aspectos relacionados con la disponibilidad de agua corriente en las casas (lo que modificará los contactos sociales cotidianos, que antes se desarrollaban en torno a la fuente pública, y transformará las antiguas polítics públicas sanitarias, al contarse con un gran aliado, el acueducto, contra las epidemias) y con la calidad del agua (al establecerse acueductos y sistemas de alcantarillado a partir de 1870) (García Bermúdez, 1998: 122-124; Ochoa, 1998: 143; Cartay, 1993: 23-24), había sobradas evidencias sobre la contaminación del agua potable, pues no se filtraba ni se esterilizaba con cloro, aparte de que el agua se contaminaba en la propia fuente y en los canales de aducción (Ochoa, 1998: 145). Afortunadamente, el empleo de la piedra para filtrar el agua en los tinajeros domésticos aminoró un poco esos problemas. De todas maneras, la contaminación del agua era vista como la principal culpable de algunas enfermedades existentes, como la malaria (Elías Toro, 1896: 671) o las enfermedades gastro-intestinales (Rísquez, 1909: 168). Para Rísquez, por ejemplo, la mayor obra sanitaria a emprender en Caracas era la de “surtir de agua pura y ampliar su red de cloacas”. El testimonio de Luis Razetti en el periódico *El Universal*, en 1909, es lapidario al respecto, pues no se trataba sólo de la calidad del agua sino de las condiciones sanitarias en general: “Caracas está profundamente infectada; sus habitantes nos envenenamos lentamente con el aire que respiramos, con el agua que bebemos y con los alimentos que ingerimos; las enfermedades infecciosas, como la tuberculosis, se propagan libremente; el matadero, el mercado y los establecimientos de víveres no están reglamentados higiénicamente; no tenemos ni agua potable, ni cloacas, ni pavimento; la infancia no está protegida, y por eso perdemos cerca de 400 niños menores de cuatro años; nada se hace para combatir la prostitución y el alcoholismo, fuentes de innumerables enfermedades; la parte pobre de la población parece por falta de trabajo para el obrero, y se

muere de mengua, porque no hay hospitales ni asilos confortables; en una palabra, en Caracas se vive a merced de las causas de destrucción que rodean al hombre, sin que hasta hoy la clase directora se haya ocupado en mejorar siquiera las condiciones sanitarias de la ciudad” (Razetti, 1952: II, 170, citado por Almandoz Marte, 1997: 187-188). Pasarían varias décadas para que las cosas mejoraran significativamente, con la sustitución de los acueductos elementales de la época, particularmente gracias a la labor emprendida por el Instituto Nacional de Obras Sanitarias (INOS), a partir de 1943, año de su creación (Cartay, 1993: 25-30), y el establecimiento de las primeras plantas de tratamiento del agua y la utilización del cloro, desde 1934.

El gobierno había tomado algunas medidas sanitarias en las postrimerías del siglo XIX para mejorar la situación, como el establecimiento de mercados y mataderos públicos, el cierre de algunos cementerios y el establecimiento de un servicio público de aseo urbano (Yépez Colmenares, 1997: 27), pero actuó tímidamente. En 1889 la gobernación del Distrito Federal se hizo responsable de la limpieza pública de Caracas. En 1890 se creó el Laboratorio Municipal de Caracas y se designó el primer Inspector General de Higiene Pública. En 1899 se establecieron en Caracas las Juntas Parroquiales de Higiene, la Junta Administradora de Hospitales y la Dirección de Higiene y Estadística Demográfica. Se abrieron algunos hospitales, especialmente el Hospital Vargas, en 1891, se fundó la Cruz Roja y el Instituto Pasteur de Caracas, en 1895, y se crearon varias sociedades científicas, como la Sociedad de Médicos y Cirujanos de Caracas, en 1893. Luego, a comienzos del siglo XX, se estableció la reglamentación sanitaria de Caracas en algunas áreas: el Reglamento de Higiene y Estadística Demográfica del Distrito Federal, en 1903; el Reglamento de Higiene y Salubridad Pública, en 1906, y, por otra parte, en 1909 se creó la Comisión de Higiene Pública, y, posteriormente, en 1938, el Instituto Nacional de Higiene, que emprendió una gran campaña contra el mal de Chagas y la sífilis. En 1929, el Ministerio de Sanidad creó el Servicio de Inspección y Vigilancia Sanitaria Escolar, que hizo obligatorio el certificado de salud anual y la profilaxis escolar en los planteles educativos de Caracas. Pero todo eso funcionó muy deficientemente. En 1938 se integró un equipo de 28 visitantes escolares, que se encontró con un cuadro espantoso en las escuelas caraqueñas: muchos niños padeciendo tuberculosis y sífilis, con avanzada desnutrición y parásitos. Y todos ellos “sufriendo de las condiciones anormales de nuestras escuelas, que son antros de tortura para la infancia que va allí a perder su alegría y el poco entusiasmo que les permite su estado físico deficiente” (*Ahora*, Caracas, 17.11.1938). Se establecieron programas de saneamiento ambiental, en acueductos y cloacas, y se mejoró la atención hospitalaria. Se empezó a

crear conciencia sobre las ventajas de una buena alimentación, más nutritiva y variada, y salieron a la luz en el siglo XIX los primeros tratados de alimentación y recetarios impresos de cocina venezolana: el *Tratado de alimentación* de M. A. Díez (1895); *La cocina campestre*, de J. A. Díaz (1861), el *Recetario el mundo a domicilio*, publicado por Pedro Martel L., en 1892, y la *Cocina criolla*, de Tulio Febres Cordero, en 1899. Más tarde, en las décadas de 1940 y 1950 se multiplicaron los recetarios de cocina (Lovera, 1988: 302-307; Cartay, 1995: 288-290), como los de Carmen Victoria López, en 1942; el de Graciela Schael Martínez, en 1953 y el de María Chapellín, en 1952, así como tratados relacionados con la alimentación, como *El poliedro de la nutrición*, de Arturo Guevara, en 1944, o el de Fermín Vélez Boza, en 1948, y algunos libros sobre gastronomía venezolana, como la *Geografía gastronómica de Venezuela*, de Ramón David León, en 1954. En el mismo sentido se dieron los primeros pasos para mejorar la situación nutricional de los caraqueños pobres (el programa La Gota de Leche; la Comisión Nacional de Alimentación, en 1937, que organizó el programa de Sopas Populares; el Servicio de Alimentación, en 1938, que estableció los Comedores Populares; la Sección de Nutrición, adscrita al Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, en 1942, que luego, en 1946, es absorbida por el Instituto Pro-Alimentación Popular, que se ocupa junto con el Patronato Nacional de Comedores Populares (1945) de mejorar la nutrición popular, hasta que nace en 1949 el Instituto Nacional de Nutrición) (Blanco, Contreras, 1993). Todos estos esfuerzos en materia de sanidad e higiene se acrecentaron a partir de 1927, cuando el gobierno gomecista firmó un convenio con la Fundación Rockefeller (vinculada a una empresa petrolera, la Creole Petroleum Corp.), para evaluar la difusión de la malaria y la anquilostomiasis en el país y programar su control. Se trata de la exitosa historia de la colaboración de la ciencia médica estadounidense y del apostolado de médicos venezolanos, encabezados por Arnoldo Gabaldón, en el Departamento, y luego División, de Malariología, desde 1933 (Gutiérrez, 1999), y también de la esforzada historia del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, a partir de 1936 (Ruiz Calderón, 1992: 15), que emprendió acciones contra la tuberculosis (iniciadas por el Dispensario Antituberculoso de Caracas, en 1928); las enfermedades venéreas, en 1937; la lepra, en 1946, y la campaña de vacunación antivariólica de 1949. No olvidemos, sin embargo, que la vacuna contra la viruela, creada por el inglés Edward Jenner en 1796, era conocida en Caracas y en algunas poblaciones costeras desde inicios del siglo XIX, específicamente en Cumaná (1802) y en Caracas (1803-04), a raíz del extraordinario viaje intercontinental que emprendiera el naturalista y cirujano Francisco Xavier de Balmis para difundirla. El primer niño vacunado en Caracas fue Luis Blanco, de dos años de edad. En esa ocasión, Andrés Bello escribió el jugue-

te dramático titulado “Venezuela consolada”, y después “Oda a la vacuna”, dedicadas a Carlos IV. (Ver, al respecto, Alfonso, 1950; Calcaño, 1985: 106; Pérez Carreño, 1898: 33-34).

Las malas condiciones prevalecientes de higiene constituían una amenaza constante para la salud de los caraqueños, y de los venezolanos en general, lo que ocasionaba una alta tasa de mortalidad e impedía el crecimiento de la población. Algunos médicos respetables, como Rafael Villavicencio, sostenían que esa elevada tasa se debía, más que a deficiencias en la higiene, a la mala alimentación y al abuso en el empleo de medicamentos (Villavicencio, 1880: 120-123), que en esos años se había convertido en una verdadera plaga. Había remedios para todos los males (por lo que si uno se moría, era por descuido. *La Opinión Nacional*, Caracas, 16.4.1881), algunos de efecto múltiple y que prometían milagros, como ciertos tónicos importados que revitalizaban el cuerpo debilitado, tales como el Hierro Bravais, el vino ferruginoso Aroud, el Hierro Queuenne, el extracto de hígado de bacalao de Chevrier, el jarabe Quina-Laroche, o las Sales de Lithina, que disolvía los cálculos y las “concreciones óricas”, pero también “curaba” la gota, el reumatismo, la diabetes, los cólicos hepáticos y nefríticos, la albuminuria, etc. (*La Opinión Nacional*, Caracas, 2.4.1881). Otros de estos revitalizantes, como la Emulsión de Scott, el de “la etiqueta del hombre con el bacalao a chuco”, como le decían, se pusieron de moda en la década de 1920 (*El Universal*, Caracas, 9.3.1922) y se recomendaban contra las afecciones pulmonares, la bronquitis, las toses, el enflaquecimiento, la anemia y toda clase de debilidades en diferentes etapas de la vida. Al lado de estos medicamentos extranjeros casi milagrosos, había otros de elaboración nacional, como el Quita Dolores, de Ángel Urdaneta, de Maracaibo: “Si le duele la Barriga o el Vientre, frótese con el Quita Dolores de Ángel Urdaneta cada cuarto de hora, hasta que se alivie”, como anunciaba la publicidad de la Botica Vargas (*Almanaque Ilustrado de la Botica Vargas*, 1919). En el periódico *El Emporio*, de Caracas (27.11.1891), se denunciaba que “Los armarios de las boticas y de muchos establecimientos mercantiles están llenos de los pseudo remedios que nos vienen con la denominación de medicinas patentadas [...] El for exporter parece que se ha hecho para nosotros: aquí tenemos patentados de todas clases, los cuales rinden un pingüe negocio á los inventores”. Muchos de esos “medicamentos” eran producidos por los propios boticarios: Juan Antonio Olivares, boticario de Lara, creó el Depurativo de Olivares, el Aceite Quinado, el Bálsamo Simpático (*El Ángel del Hogar*, Barquisimeto, 1.8.1895), o el Dr. M.M. Ponte, también de Lara, inventó las Gotas Angélicas, para las alteraciones de la menstruación, y el Elixir Tropical, contra la espermatorrea (o pérdidas seminales) y la debilidad (*La Alianza*

Liberal, Barquisimeto, 23.11.1887). Algunos tuvieron una larga vida, como el Elixir Tropical o las Gotas Angélicas, pues todavía eran ofrecidos en Barinas en 1921 (*Sancho Panza*, Barinas, 7.5.1921). Esos medicamentos llevaban con frecuencia los nombres de sus inventores: La Panacea Apureña de José Félix Armas, la zarzaparrilla de G. Sánchez, el Depurativo de J.J.Ponce, el Elixir Hematógeno de Zenón Antich, etc. (*El Baluarte*, Barquisimeto, 18.1.1899). Muchas veces los boticarios se confabulaban con los médicos para recomendarlos. Por eso, se prohibió que los médicos recomendaran una cierta botica, que los médicos recetaran remedios con nombres o recetas convenidas con los boticarios, y que los pulperos o comerciantes vendieran remedios (*El Abogado de la Salud Pública*, El Tocuyo, 10.10.1895) en sus establecimientos, conocidos como “botipulperías” (*Boletín de El Abogado de la Salud Pública*, Caracas, 1, 1894; 3, 1895). Una propaganda comercial dirigida al público femenino, aparecida en 1929 en *El Herald* (Barquisimeto, 24.3.1929), ilustra bien esa leguleyería “médica”: “Eres fea porque quieres, flaca, sin apetito, con la cara manchada, una palidez enfermiza, con un eterno cansancio, llena de dolores de cabeza, espalda, caderas y un desencanto de la vida; no inspiras nada; pero tienes a la mano cómo curarte de todos esos males. Un solo frasco de Elixir de Capuchino de H. Suels (a Bs. 2,50 el frasco) te llenará de salud, te pondrá tan linda, gentil y garbosa que te sentirás feliz, deseada, hermosa”. De una parte, medicamentos engañosos, y, de la otra, una propaganda falsa, hiperbólica, que exageraba las virtudes del producto. Para darnos una idea de esto en aquel tiempo, presento al lector un aviso publicitario del candado marca Yale inserto en la edición del 8.3.1922 del diario *El Universal*: “La alegría de la vida apacible. Deje que este Aparato proteja su salud, sus nervios y conserve su buen humor! Permita que cuide de sus puertas. Él las cierra rápida, firme y silenciosamente. Impide corrientes de aire, el polvo y las moscas”. Es decir, en este aviso publicitario se atribuye al candado virtudes propias de las puertas o de otros objetos.

Los avances médicos eran indetenibles en los países desarrollados, y nosotros, los de la periferia del desarrollo, nos beneficiábamos un poco de algunos de estos logros, como el desarrollo de la asepsia; la anestesia, con el empleo del éter en Maracaibo en 1847 por el Dr. Blas Valbuena, y del cloroforno, en 1849, por Elíseo Acosta en Caracas (Silva Álvarez, 1985: 116); los antibióticos, que comenzaron a ser introducidos en Venezuela en 1945 (Cova, 1996: 19), así como la aplicación creciente de una mayor tecnología para el diagnóstico, la terapéutica, la quirúrgica, la radioterapia médica, característicos del rápido desarrollo de la medicina en el siglo XX y que le ha valido el calificativo de “ciencia joven” que le dio L. Thomas (1983).

Una mejor higiene y los progresos de la medicina, una mejor alimentación y los avances de la dietética, trajeron como consecuencia el alargamiento de la vida y un mayor bienestar del cuerpo, que ha creado un nuevo modelo corporal a imitar: el prototipo de la mujer espigada y esbelta, y el del hombre atlético, al que hay que vestir con una nueva indumentaria que refleje la elegancia, la comodidad y los nuevos criterios de salud: un nuevo vestido para un nuevo cuerpo. J. C. Flügel, autor de una obra clásica sobre el tema, *Psicología del vestido* (1964), trata sobre las tres funciones del vestido: decoración, pudor y protección, confiriéndole, al igual que otros, primacía a la función decorativa, que constituye la función primitiva. Flügel (1964: 239) considera que el objetivo de las ropas es “asegurar el máximo de satisfacción de acuerdo con el principio de realidad”, es decir, el vestido debe dar cuenta del reconocimiento del mundo real y de su evolución, sin distorsionarlo o negarlo. Ese principio de realidad necesita de un reconocimiento no distorsionado de nuestros cuerpos, puesto que es evidente que nuestro cuerpo tiene un valor de realidad mayor y más importante que nuestras ropas. El gusto estético, aplicado al vestido, tenderá a reconciliarse de más en más con la forma humana natural, revelando su belleza más que ocultando sus imperfecciones o deficiencias, haciendo que la intervención del vestido para corregir al cuerpo se haga cada vez menos necesaria. Y todo eso favorece la desnudez del cuerpo, apoyado por la búsqueda de una mayor higiene (entendida en un sentido moderno, es decir, la higiene que recomienda el uso de vestidos livianos, de fibras naturales, que no sean excesivos y permitan una cómoda movilidad y dejen “respirar” al cuerpo). Si aplicamos las consideraciones de Flügel, aceptaremos entonces que ese proceso de desnudamiento del cuerpo femenino y de reducción de la pesada y rígida indumentaria, que obstaculizaba la libre expresión de la individualidad, está de acuerdo con esta nueva visión del cuerpo que impuso el siglo XX, a la que nos hemos referido ampliamente.

Las caraqueñas de “calidad” usaban vestidos generalmente de color negro hasta el siglo XVIII, mientras que las mujeres pobres vestían de blanco o usaban mantos blancos (Aretz, 1997: 186; Hernández Armas, 1998: 268; Troconis de Veracochea, 1999: 126). Pero al extenderse la moda francesa, desde el siglo XVIII, los vestidos se tornaron más alegres, empleando telas de colores vistosos. Los vestidos eran de algodón, hilo de olán y bretaña, adornados con encajes, y los pañuelos de seda de colores llamativos. Y se maquillaban con polvo de arroz, del cual el más popular era la “cascarilla” (Hernández Armas, 1998: 272). La moda femenina nos venía de Francia, especialmente desde la década de 1880 cuando su imitación se convirtió en una manía, y proliferaron en Caracas las casas de modas y las sastrerías. De

las cargas de los vapores franceses se aprovisionaban las tiendas caraqueñas de ropa (almacenes y sastrerías de nombres afrancesados: Au Bon Marché, La Sultana, la Sastrería Francesa de H. Laumón) de un amplio surtido de telas como raso, terciopelo, lanas, paños y casimires, así como de otras prendas femeninas: andaluzas, manteletas, pañolones de crespó, sombrillas, sombreros, abanicos, guantes de hilo de Escocia o de seda o de cabritilla, zapatos de corte bajo, botines de chagrin y cabritilla, botas de redecillas, o masculinas: fluxes de casimir o de paño, camisas, pantalones, medias, sombreros, zapatos (*La Opinión Nacional*, Caracas, 1.4.1881). Para 1895-98 la moda francesa para las mujeres publicitada por la revista de moda o figurines, como “La ilustración francesa” (Vannini de Gerulewicz, 1968: 110) y la inglesa para los hombres hacía furor en Caracas (*El Cojo Ilustrado*, Caracas, 1897: 9, 537 y 839; 1898: 10, 119; 1898: 11, 494, 584-585), y así sigue hasta entrada el siglo XX (García de la Concha, 1962: 224). Entonces, las casas de modas como Liverpool, La Compagnie Francaise, el Louvre, Au Printemps, la Gran Sastrería de París, y las modistas (Roche, Joud, Escorne, Sebater, Robert) y los sastres (Chaumer, Egea, Cubría, Roche, Gambué) de apellidos franceses hacían su agosto en Caracas (*El Cojo Ilustrado*, Caracas, 1897: 8, 464). Estaba de moda el corsé, ese artículo de vestir que tanta tinta ha merecido, y que el costumbrista Manuel Alfredo Vargas calificó como uno de los grandes adelantos del siglo XIX, para burlarse del corsé que venía con campanillas, y que alertaba a los parientes de la novia cuando su galán las abrazaba: “¡¡Oh progreso del siglo diez y nueve; / Un corsé construir á maravillas / De modo que al rozarse al talle leve, / Suenen como quinientas campanillas!!” (*El Cisne*, La Grita, 25.2.1896). Ese adminículo, del cual había muchas variedades: Phyrne, Perséfone, Joysane, Huri, Mystère, Ophelia, oprimía y levantaba los senos hasta hacerles daño (algunos médicos sostenían que afectaba seriamente la respiración y el hígado), pero tornaba fino el talle y pequeña la cintura, por lo que las mujeres se lo ponían de buen grado (Brooks, Laver, 1958: 82). Para ponérselo se requería de la ayuda de otra persona, generalmente una criada, lo que lo hacía de uso exclusivo de las mujeres de la clase acomodada. Sobre el corsé venía el vestido, lo que convertía a la indumentaria en excesiva: “Desnudar a una señora es tan laborioso como hacer una mudanza”, escribió Rafael Abella (1996).

El siglo XX simplificó la vestimenta, especialmente la femenina que era la más recargada, pero ahora los aires del cambio ya no venían exclusivamente de Francia, sino también de Estados Unidos. Ese cambio, inducido por el aumento del poder adquisitivo de las clases trabajadoras, se relacionó con las innovaciones en la industria textil moderna y con las máquinas de coser domésticas e industriales.

En 1850 la máquina de coser era una curiosidad en las ferias, pero veinte años más tarde, hacia 1871, se fabricaban más de 700.000 unidades por año y se vendían en muchas partes del mundo. La más vendida era la Singer, fabricada por la compañía I. M. Singer, y se usaba tanto en la casa como en las fábricas de ropa. Para inicios del siglo XX mucha gente se vestía con ropa hecha en serie o casi, actividad en la que había experiencia desde los tiempos en que, un siglo antes, se manufacturaba en grandes cantidades ropa de trabajo para negros y marineros en Estados Unidos, o, en la segunda mitad del siglo XX, se confeccionaban los uniformes para los ejércitos enfrentados en la guerra civil estadounidense. Lo cierto es que mucha gente en los países industrializados se vestía con ropa hecha, que antes llamaban “hand-me-down”, un americanismo, o “reach-me-down”, un anglicismo, porque el galicismo “prêt-à-porter” o “ready to wear” (lista para usarse) comenzó a emplearse a principios del XX. Se había producido una revolución en el vestido, democratizándose, porque la ropa hecha a la medida por un sastre o una modista se quedó para las clases acomodadas. El vestido, lentamente, pasaba de una época en que la ropa revelaba la clase social o la ocupación de quien la llevaba, a otra época en que todos vestían igual o casi igual. En ese cambio tan significativo, ocurrido mayormente en Estados Unidos, jugaron un papel determinante los inmigrantes, muchos de ellos sastres y modistas, que llegaron a ese país durante el último tercio del siglo XIX y la primera década del XX y la simplicidad en el manejo de la máquina de coser, que requería de muy poca habilidad de quien la operaba (Boorstin, 1973: III).

La revolución se produjo no sólo en la manera de confeccionar la ropa, sino también en la aparición de algunas prendas de vestir y en la desaparición de otras. En las primeras décadas del siglo XX aparecen las medias, en correspondencia con el acortamiento de las faldas, se inventan las fibras artificiales, que comienzan a utilizarse en la industria del vestido. Así, en 1883, surge el rayón, y en 1931, el nylon. A la vez empieza la decadencia en el uso del corsé y su sustitución, en 1912, por los sostenes o sujetadores. Es el tiempo en que el cuerpo empieza a enseñarse progresivamente en público, llevando la vanguardia los concursos de belleza y los desfiles de moda. Los primeros se desarrollan en Caracas desde 1901, cuando el periódico quincenal *La Hidalguía* (Caracas, 16.1.1901), órgano de la fábrica de cigarrillos La Hidalguía, de Ángel D. Volcán promovió un certamen de bellezas, “al estilo de los que regularmente se han verificado en las más notables ciudades de la Culta Europa”, con la ilusión de que “Caracas acogiera este propósito favorablemente”. Y así lo hizo, enviando sus representantes a concursar en el extranjero, como sucedió en 1929 con el concurso “Señorita Venezuela”, cuya triunfadora nos representó en el Torneo Internacional de Belleza de

Mar del Plata, en Argentina (*El Universal*, Caracas, 1.9.1929). Los segundos, los desfiles de moda, frecuentes en París desde 1908, se comienzan a realizar en Caracas a partir de 1913, mientras que se hacen frecuentes en Francia desde 1908. Los moralistas protestan contra las mujeres que enseñan sus tobillos y parte de la pierna, y se escandalizan de que los vestidos marquen las líneas de su cuerpo. En los años locos de la posguerra los cambios se aceleran en Francia, la patria de la moda, con los diseñadores de ropa Chanel y Patou a la vanguardia de la moda, liberan a las mujeres de los vestidos con lacitos, volantes y perifollos y recomiendan el uso de vestidos tubo, cortos y sencillos, sombreros de campana y jerseys. En 1922, Patou presenta un desfile de ropa deportiva, y se vuelve “chic” portar conjuntos deportivos. En 1925 el vestido femenino deja las rodillas al descubierto. En los años treinta la modista francesa Coco Chanel incorpora al guardarropa femenino el pantalón, que hasta entonces era exclusivo de los hombres. Las mujeres se aplican maquillaje en el rostro, barniz en las uñas, y aparecen los vestidos con hombreras cuadradas y los vestidos con dos piezas. Se inventa el cierre de cremallera. El traje de los hombres se simplificó y se hizo menos formal. Entran en escena las camisas de colores y las chaquetas deportivas. La ropa interior, larga y pesada, es reemplazada por los interiores o calzoncillos con elástico. Y se puso de moda el nylon. El auge del cine, que se convierte en una especie de barómetro de la moda (Néret, 1998: 20), populariza el estilo de las estrellas de Hollywood, y todas las mujeres comienzan a imitarlas en el maquillaje: las rayas de lápices en las cejas, las pinturas de labios con un rojo encendido, el cabello teñido, las uñas largas y pintadas. En Caracas, el escritor Ángel Corao, en sus “Policromías caraqueñas” (*Élite*, Caracas, N° 17: 9.1.1926) se burla de las “pelonas”, “con sus trajes sin talle y sus melenitas recortadas, cejas afiladas como un trazo de tinta china, ojeras sombreadas de carbón, gestos graciosamente lánguidos y el cabello cortado cayendo, lacio, sobre las sienes”. Después aparecerán los pantalones estrechos o anchos, las faldas largas o cortas, y los jeans se convierten en la prenda preferida por la juventud, junto con los zapatos deportivos o de goma. En los años sesenta viene el estilo hippy, de las faldas largas y los pantalones con anchos cinturones, o la moda inglesa de los Mods, que impusieron el suéter cuello de tortuga, las botas con cierre elástico y las faldas a media pantorrilla, o la moda de los rockers, con sus chaquetas de cuero y sus atuendos de motociclistas (Mingote, 1973; San Miguel, 1998; Junstead, 1977).

A Venezuela llega también la moda, al principio con cierta demora, y luego, desde 1970, casi instantáneamente como en los grandes centros de la moda, gracias al desarrollo de los *mass-media* que la exhibe, y al desarrollo de la renta petrolera, que nos permitió su adquisición, mientras nos convertíamos en turistas internacionales.

La apariencia de los caraqueños había dado un gran salto, como si fuera de garrocha, desde la segunda mitad del siglo XX, en comparación con aquella Caracas afrancesada de Guzmán, de finales del siglo XIX, que era “como un París de un solo piso. Todas las tiendas son parisienses y en cada barco llegan modelos de sombreros y trajes. Todas las modistas son francesas y casi todas las tiendas que venden ropa pertenecen a comerciantes franceses que, por supuesto, adquieren la mercancía en su patria. Es frecuente que alrededor de la mesa de una cena todas las damas allí sentadas lleven vestidos importados, y cuando salen a pasear, las que tienen posibilidades para hacerlo, aspiran a ponerse un sombrero de París” (Curtis, 1977: 183). El canon de la moda lo imponía París. A veces se adoptaban modas de países cercanos y parecidos al nuestro, como los caribeños, como ocurrió, probablemente, con el liquiliqui, para muchos el traje nacional. En la Caracas de 1870, según el costumbrista Rafael Bolívar (1958: 60), se pusieron de moda unas camisas de colores chillones que parecían de lana, conocidas como “Garibaldi”, por su inspiración italiana. Esas camisas se modificaron hasta que el sastre de origen cubano Emilio Tornés creó el liquiliqui. Sin embargo, creo que habría que seguir indagando sobre el origen de esta prenda de vestir por otra parte. El historiador cubano José Luciano Franco refirió en una entrevista (Poumier, 1975: 171-189) que, al principio de la intervención estadounidense en la isla, se usaba mucho en La Habana un traje de uniforme, de color blanco y con cuello alto, al que le decían la “Filipina”. Por otra parte, *El Figaro*, de La Habana, le hacía propaganda en enero de 1898 a un traje similar, con “cuello autonómico”, creado por Pereda, el camiserero artista de la capital cubana (Poumier, 1975: 121).

A finales del siglo XIX e inicios del XX los caraqueños pudientes se desvivían por imitar los usos de la Belle Époque francesa, tal como aparece en *El Cojo Ilustrado*, que es la mejor fuente para entender el esplendor imitativo de aquellos años. Picón Salas (1949: 84-85) describe esa época de transición entre dos Venezuela, la que se fascinaba con todo lo francés y la que empieza a encantarse con los usos estadounidenses: “El francesismo caraqueño de entonces predominaba en trajes y perfumes, en el exceso de champagne Cliquot en los matrimonios y grados académicos, en la literatura de la generación de ‘El Cojo Ilustrado’, que escribió cuentos a la Maupassant, ‘manchas de color’ y ‘análisis de almas’. Prevalecía, además, en algunos restaurantes ya desaparecidos como el ‘Louvre’, cuyos menús organizaban de modo insuperable los últimos ‘gourmets’ que he conocido [...], las nuevas generaciones –hay que decirlo– han perdido el sentido del gusto y hasta cometen el sacrilegio de beber whisky durante la comida”. Pero no sólo eran las muchachas de la clase alta las que se morían por seguir los

dictados de la moda, sino también las de menos recursos económicos: “Hay muchachas en Caracas / de mucha categoría, / con zapatos de a diez pesos / y la barriga vacía” (García de la Concha, 1962: 230). El médico Rafael Villavicencio se quejaba en la década de 1870, en sus “Apuntes sobre la climatología médica de la capital” de que había dos causas que creaban la insuficiencia alimentaria en Caracas, y que incidían en un alto índice de tuberculosis: el alto precio de los alimentos y el lujo, porque las familias se vestían a la moda “en detrimento de su estómago” (*Apuntes estadísticos del Distrito Federal*, 1876: 257). Esa obediencia a la moda a veces se exageraba, como sucedió en Maracaibo a finales de siglo, a pesar del calor, los demás aristócratas usaban las faldas hasta el suelo y las mangas hasta las muñecas (Bermúdez B., 1998: 726).

Mariano Picón Salas (1949: 87) señala que desde 1925 el “Whiskey and soda” sustituyó a los licores mediterráneos. Pero no es sólo eso. Toda la alta sociedad caraqueña cambió el modelo de su imitación a partir de la década de 1920, sustituyendo de más en más, y rápidamente, el patrón francés por el estadounidense, probablemente por las incidencias de la I Guerra Mundial, que afectó notablemente las importaciones que venían de Europa a favor de las de América del Norte. En ese cambio se observa la influencia de la radio y de la prensa, especialmente de las revistas, lo que fue una situación observada por doquier. Lipovetsky (1999: 127-148) sostiene que las nuevas políticas comercial e industrial encontraron en el cuerpo un nuevo mercado de innumerables ramificaciones, que terminó por convertirse en tirano de los cuerpos, especialmente de los femeninos, y en el que es evidente el esfuerzo de las personas por convertirse en actores voluntarios de los cambios de su propio cuerpo a través de un consumo creciente. En ese cambio, fue crucial el papel de la prensa, y en particular de las revistas, y dentro de éstas las revistas femeninas, que se convierten en uno de los instrumentos principales de los procesos de modernización cultural (Riobueno González, 1998) y se tornan en vectores privilegiados en la difusión social de las técnicas estéticas, exaltando el uso de los productos cosméticos, animando a las mujeres a realzar la belleza de su rostro y de su cuerpo, democratizando los productos y las técnicas, incitando a la gente a seguir los dictados cambiantes de la moda. Muchas veces esas incitaciones eran fraudulentas, prometiendo un falso paraíso a través de un insaciable reino del consumo. Otras veces propagaban “verdades” que afectaron en cierto público algunos hábitos que ahora aparecen como altamente recomendables por la ciencia de la nutrición. Por ejemplo, la baronesa Staffe, en su sección de “El Tocador” (*El Cojo Ilustrado*, Caracas, 2, 10.2.1893) desaconseja el consumo de lentejas, leguminosa de alto valor nutritivo, porque se ha compro-

bado que comerlas aumenta la vellosidad en el rostro de las mujeres y hace más poblada la barba de los hombres, o *La Unión Industrial* (San Felipe, 1.12.1907) argumenta en contra de la creencia generalizada de que es un disparate comer naranjas en el desayuno.

Si antes consumíamos la moda francesa, ahora, a partir de la década del veinte comenzamos a imitar a los estadounidenses. Paul L. Bell (1922: 23-24) da cuenta tempranamente de esos cambios: “La meca de los viajeros venezolanos ya no es París, Londres o Hamburgo, sino Nueva York, y los jóvenes están siendo enviados a los Estados Unidos en números crecientes para obtener educación superior e instrucción en ciencias”. Pero también lo hace Laureano Vallenilla Lanz, hijo (1954: 77), al final de la década de los cuarenta: “Venir de Nueva York significaba también mascar chicle, hablar por las narices y tener sobre la mesa de noche una estatuita de la Libertad, adquirida en Times Square. Regresar de allá implicaba, además, saber mucho de ‘Basse Ball’ y servir de árbitro en los torneos de tennis y los boxeos que se organizaban esporádicamente en nuestra capital”. Y también imitar a los estadounidenses en su forma de concebir la arquitectura de la ciudad (Violich, 1975: 246-292, citado por Almandoz Marte, 1997: 285) y de sanearla de sus males epidémicos (Caracas fue una ciudad “europea” hasta que durante el gomecismo la influencia de Estados Unidos se impuso en los aspectos sanitarios. Almandoz Marte, 1997: 324). Pero la imitación era más notable en las maneras de comer, de consumir bebidas alcohólicas y de vestir. En la década del cincuenta el cambio en nuestro estilo de vestir ya era muy notable, alimentado por la ropa que entraba de contrabando al país, hasta que se crearon los grandes almacenes. La ropa de moda era comercializada, a partir de 1958, por el almacén Sears, que importaba ropa de Estados Unidos, y que se convirtió en la más acabada proyección comercial del norte, junto con los almacenes que vendían aparatos electrodomésticos. Nuestros jóvenes, que se uniformaron con el jean en los años setenta (estimulando la creación de la primera fábrica de jeans en el país, Pantalones Clavel), se volvieron fanáticos de las ropas de marca, mientras el largo de la falda de las muchachas copiaba sumisamente los vaivenes impredecibles de la moda mundial, y la musculatura sobresaliente de los cuerpos masculinos (y desde hace poco algunos femeninos, que los imitan) aparecieron en escena, precediendo la moda de los “piercings” o del tatuaje, que, como todo, nos viene de afuera. En los años noventa, y de fin del siglo XX, la industria cosmética da un notable giro, como en otras partes. Se adquieren más productos de cuidado corporal que de maquillaje, buscándose una “belleza natural”, que convierte al cuerpo en un objeto central de las preocupaciones cotidianas. Seguimos, entonces, con estos nuevos arcángeles la evolución de la moda

en el vestido y en el deporte, y, por supuesto, del cuerpo, para sentirnos, nosotros, consumidores pretenciosos de la periferia, mantenidos parasitariamente por una renta petrolera, un poco más próximos a los del centro, copiando sólo los valores accesorios de los otros y despreciando sus valores sociales sustantivos, como el de la búsqueda de una mayor productividad del trabajo, sobre el que se basa su consumo creciente y crece su sociedad económica. Continuamos al parecer, como sostiene osadamente el psiquiatra De Vries (*El Universal*, Caracas, 24.2.1999), identificando al placer como una “misión” en la vida, por encima de valores como el amor, el trabajo y el saber.

Bibliohemerografía:

- Abella, Rafael. 1996. *La vida amorosa en la Segunda República*. Madrid: Temas de Hoy.
- Abogado de la Salud Pública, El. *El Tocuyo*, 10.10.1895.
- Ahora, Caracas, 17.11.1938.
- Alfonso, Enrique. 1950...*Y llegó la vida*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- Alianza Liberal, La. *Barquisimeto*, 23.11.1887.
- Almanaque Ilustrado de la Botica Vargas, de A. Urdaneta & C.A.1919. Maracaibo: Tipografía Panorama.
- Almandoz Marte, Arturo. 1997. *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*. Caracas: Fundarte/ Alcaldía/ Universidad Simón Bolívar.
- Ángel del Hogar, El. *Barquisimeto*, 01.08.1895.
- Apuntes Estadísticos del Distrito Federal. 1875-1876. Caracas: Imprenta Federal.
- Aretz, Isabel. 1977. *El traje del venezolano*. Caracas: Monte Avila Editores.
- Aretz, Isabel. 1977. *El traje venezolano*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Ariès, Philippe; Georges Duby. 1990-1991. *Historia de la vida privada*. Madrid: Taurus Ediciones. 10 tomos.
- Ayala, Arturo. 1904. *Causas que contribuyen a la mortalidad en Caracas y medidas que tienden a combatirlas*. Caracas: Tipografía Gutemberg.
- Baluarte, El. *Barquisimeto*, 18.01.1899.
- Barrán, J.P.; G. Caetano; T. Porzecanski. 1998. *Historias de la vida privada en el Uruguay. Individuo y soledades 1920-1990*. Montevideo: Ediciones Santillana, Tomo 3.
- Bell, Paul L. 1922. *Venezuela. A commercial and industrial handbook*. Washington, D.C.: Department of Commerce. Government Printing Office.
- Bermúdez B., Nilda. 1998. “Lo cotidiano en el Puerto de Maracaibo (1870-1900)”, en: *Tierra Firme*, Caracas, Año 16, Vol. XVI, N° 64.
- Blanco, Bethania; Amanda C. De Contreras. 1993. *Programas de intervención nutricional en Venezuela*. X Congreso Escuela de Nutrición y Dietética. Maracaibo: Universidad del Zulia.
- Boletín de El Abogado de la Salud Pública. Caracas, No. 1, 1894; No. 3, 1895.
- Bolívar, Rafael. 1958. “Indumentaria”, 60-62, en: *Varios. Satíricos y Costumbristas Venezolanos*. Lima: Tipografía Valverde.
- Boorstin, Daniel. 1973. *Historia de los norteamericanos*. Buenos Aires: Tipográfica Editora Argentina. Tomo III.
- Brooks, Iris; James Laver. 1958. *English Costumes of the 19th Century*. Londres.

- Calcaño, José Antonio. 1985. *La Ciudad y su Música*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Cartay, Rafael. 1993. *Los tránsitos del agua*. Mérida: Hidroandes.
- Cartay, Rafael. 1995. *El pan nuestro de cada día*. Caracas: Fundación Bigott.
- Cisne, El. *La Grita*, 25.02.1896.
- Climent Ferrer, Federico. 1916. *El ama de casa*. Barcelona: Librería Parera.
- Cojo Ilustrado, El. Caracas, 1895-1898.
- Corao, Angel. "Policromías caraqueñas", en: *Elite*, Caracas, No.17, 09.01.1926.
- Cova, Claudia. 1996. *Realidad social de Venezuela*. Caracas: Fundación Centro Gumilla. Curso de Formación Sociopolítica.
- Curtis, William E. 1977. *Venezuela. País de Eterno Verano*. Caracas: Ediciones del Congreso de la República. (Orig.:New York, 1896).
- Delbourg-Delphis, Marylène. 1981. *Le Chic et le Look*. Paris: Hachette.
- Díaz, J.A. 1861. *La cocina campestre*, en: *El Agricultor Venezolano*. Caracas, 2 Tomos. Reimpreso en Puerto Cabello, 1887.
- Díez, Manuel Antonio. 1895. *El Tratado de la Alimentación*. Caracas: Tipografía El Cojo.
- Duarte, Carlos. 1984. *Historia del traje durante la época colonial venezolana*. Caracas: Fundación Pampero.
- Emporio, El. Caracas, 27.11.1891.
- Febres Cordero, Tulio. 1899. *La Cocina Criolla o Guía del Ama de Casa*. Mérida: Tipografía El Lápiz.
- Flügel, J.C. 1964. *Psicología del vestido*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Fragonard, Michel. 1995. *La Culture du 20eme siècle*. Paris: Bordas.
- García Bermúdez, Luis. 1998. "El suministro de agua y las condiciones de vida en Caracas durante el septenio 1870-1877", en: Germán Yépez Colmenares (Coord.). *Historia de la salud en Venezuela*. Caracas: Conicit/ Fondo Editorial Tropykos.
- García de la Concha, José. 1962. *Vida y costumbres de la vieja Caracas*. Caracas: Editoial Grafos.
- Giddens, Anthony. 1992. *La transformación de la intimidad. Sexualidad y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Editorial Cátedra.
- González Stephan, Beatriz. 1998, "El cuerpo salvaje de la nación: ciudadanías desplazadas", en: Fundación Bigott/ Universidad Simón Bolívar. *Venezuela. Tradición en la Modernidad*. Caracas: Fundación Bigott/ Universidad Simón Bolívar.
- Gordon, Linda. 1992. "Qué hay de nuevo en la historia de las mujeres", en: Varios. *Género e Historia*. México: Amacalli Editores.
- Goubert, Jean-Pierre. 1889. "L'Eau, La Crise et le Remède dans l'Ancien et le Nouveau Monde (1840-1900)", 1.075-1.089, en : *Annales ESC*, Paris, No. 5, Septiembre-October.
- Gutiérrez, Ana T. 1999. "El conocimiento traducido: el programa de control antimalárico venezolano (1936-1945)", en: *Cuadernos del Cendes*, Caracas, Año 16, No. 41, 2da. época. Mayo-Agosto.
- Heraldo, El. Barquisimeto, 24.03.1929.
- Hernández Armas, María Helena. 1998. "Artificiosas Hermosuras", 267-277, en: *Tierra Firme*, Caracas, No. 62, Año 16, Vol. XVI.
- Hidalguía, La. Caracas, 16.01.1901.
- Itkin, S. 1996. *La mujer "light"*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Junstead, R. 1977. *Los Años Treinta*. Guayaquil: Ariel Siglo XX.
- Le Breton, D. 1995. *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- Lipovetsky, Gilles. 1986. *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Editorial Anagrama.

- Lipovetsky, Gilles. 1996. El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Lipovetsky, Gilles. 1999. La Tercera Mujer. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Litvak, Lily. 1979. Erotismo fin de siglo. Barcelona: Bosch Editorial.
- Livre mondial des inventions, Le. 1985. Montrouge.
- Lovera, José Rafael. 1958. Historia de la alimentación en Venezuela. Caracas: Monte Avila Editores.
- Martel Iarruscain, Pedro. 1892. Recetario El Mundo a Domicilio. Almanaque Anuario para 1893. Caracas: Imprenta Bolívar.
- Mingote, Antonio. 1973. Historia del Traje. Madrid: MYR Ediciones.
- Néret, Gilles. 1998. 1000 Dessous. A History of Lingerie. Köln, Benedikt Taschen Verlag Gmblt.
- Nóbrega, Enrique. 1997. La mujer y los cercos de la modernización: los discursos de la medicina y el aparato jurídico. Caracas: Fundación Celarg.
- Ochoa, Rigel. 1998. "Las condiciones sanitarias del acueducto de Caracas, 1908-1935", en: Germán Yépez Colmenares (Coord.). Historia de la salud en Venezuela. Caracas: Conicit/ Fondo Editorial Tropykos.
- Opinión Nacional, La. Caracas. 01.04.1881, 02.04.1881, 16.04.1881.
- Ortega y Gasset, José. 1959. La Rebelión de las Masas. Madrid: Revista de Occidente (Orig.: Madrid, 1929).
- Paquet, Dominique. 1998. La historia de la belleza. Barcelona: Ediciones B.S.A.
- Pérez Carreño, Luis. 1898. Datos clínicos acerca de la vacuna y la viruela. Valencia: Tip. Lit. Carabobeña.
- Picón Salas, Mariano. 1949. Comprensión de Venezuela. Caracas: Ministerio de Educación Nacional.
- Poumier, María. 1975. Apuntes sobre la vida cotidiana en Cuba en 1898. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Pounds, Norman J.G. 1992. La vida cotidiana. Historia de la cultura material. Barcelona: Editorial Crítica.
- Ramos de Francisco, Consuelo. 1998. "La pediatría venezolana a través de su literatura: 1830-1908", en: Germán Yépez Colmenares (Coord.). Historia de la salud en Venezuela. Caracas: Conicit/ Fondo Editorial Tropykos.
- Razetti, Luis. 1952. Obras Completas. Caracas: Ministerio de Sanidad y Asistencia Social. 5 Vols.
- Riobueno González, Yhana. 1998. Sonámbulos sobre la tierra maldita (Modernización, vanguardia y revistas). Mérida: Trabajo de grado en la Maestría en Literatura Iberoamericana. Instituto de Investigaciones Literarias Gonzalo Picón Febres. Universidad de los Andes.
- Rísquez, Francisco A. 1909. Estudios Higiénicos. Madrid: Librería de San Ramón Fañanás.
- Rodríguez, José Ángel. 2000. Venezuela en la mirada alemana. Caracas: CDC-UCV/Fundación Schnoegass.
- Roselle, Bruno du. 1980. La Mode. Paris: Imprimerie Nationale.
- Ruiz Calderón, Humberto. 1992. "Ciencia, Tecnología y Modernización en Venezuela. 1936-1958", en: Cuadernos Lagovén. La Ciencia en Venezuela: pasado, presente y futuro. Caracas: Lagovén.
- San Miguel, Amando. 1998. El sexo de nuestros abuelos. Madrid: Espasa-Calpe.
- Sancho Panza. Barinas, 07.05.1921.
- Silva Alvarez, Alberto. 1985. Situación médico-sanitaria de Venezuela durante la época del Libertador. Caracas: Academia Nacional de la Historia.

- Thomas, L. 1983. *The Youngest Science. Notes of a Medicine-Watcher*. New York: The Viking Press.
- Toro, Elías. 1896. “Crónica Científica”, en: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, 113, 01.09.1896.
- Troconis de Veracochea, Emirla. 1999. “La Iglesia u la mujer en el siglo XVIII”, en: *Montalbán*, Caracas, UCAB, N° 32.
- Turner, B. 1989. *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en teoría social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Unión Industrial, La. San Felipe, 01.12.1907.
- Universal, El. Caracas, 09.03.1922; 01.09.1929; 24.02.1999.
- Vallenilla Lanz, Laureano, hijo. 1954. *Allá en Caracas*. Caracas: Ediciones Garrido.
- Vannini de Geruniewicz, Marisa. 1968. *La influencia francesa en Venezuela*. Maracaibo: Universidad del Zulia, Facultad de Humanidades y Educación, 2da ed.
- Vigarello, Georges. 1985. *Le Prope et le Sale. L’higiene du corps depuis le Moyen Age*. Paris: Editions du Seuil.
- Villavicencio, Rafael. 1880. *La República de Venezuela bajo el punto de vista de la Geografía y Topografía Médicas y de la Demografía*. Caracas: Alfredo Rothe Editor.
- Violich, Francis. 1975. “Caracas: Focus of the New Venezuela”, en: H. Westworth Eldredge (Ed.). *World Capitals- Toward Guided Urbanization*. New York: Anchor Press, Doubleday.
- Yépez Colmenares, Germán. 1997. “Higiene y salud pública en la ciudad de Caracas en el siglo XIX (1870-1877)” en: *Tierra Firme*, Caracas, año 15, Vol. XV, N° 57.